



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



26 de julio de 1890



Núm. 143



NIÑOS

➤ de algunos países poco conocidos ➤

— ◆ ◆ ◆ CONCLUSIÓN ◆ ◆ ◆ —



NIÑOS DE HAWAI COMIENDO EL «POI»

UN RATO DE CHARLA

CÁBEME la mayor satisfacción al poner en vuestro conocimiento que acaba de estrenarse en Barcelona una comedia excelente, moral, divertida, interesante, bien escrita y mejor pensada, recomendándoos no dejéis de ir al teatro el día que la representen en vuestras respectivas ciudades.

Esta comedia se llama *El primer choque*, su autor D. Antonio Sánchez Pérez.

El protagonista es un pollo recién salido del cascarón del colegio. El chico se marcha de allí hecho un torbellino, como quien ha estado por largo tiempo comprimido, y claro está que lo que hace ante todo es enamorarse de la primera muchacha con quien topa. Afortunadamente es una buena niña; pero lo mismo hubiera sucedido á no ser así.

Quiere decir eso que no conviene tener por demasiado tiempo enjaulados á los chicos, pues faltos de experiencia, por rudimentaria que sea, no tienen serenidad bastante para resistir al primer choque.

Yo, como en muchas otras cosas, participo de la opinión de mi querido amigo y compañero. No estoy por los internatos largos. Comprendo que no hay otro remedio tratándose de familias que viven en pueblos pequeños y tienen que enviar á sus hijos á las capitales; pero no siendo así, juzgo preferible la educación *externa*, ya que no sea dable á todos recibirla en casa mismo.

En esa materia es indudable que influye mucho la vanidad, no queriendo suponer que deba culparse también al egoísmo de los padres, deseosos de evitarse los quebraderos de cabeza y las fatigas inherentes al cuidado directo de la educación de los hijos. Pues bien: esa vanidad da origen á no pequeños disgustos, como el que procura á sus papás el colegial de *El primer choque*, tipo verísimo.

Una cosa puede consolarnos solamente, y es que en España los internatos no llegan, ni con mucho, á originar los malos resultados que en el extranjero, sobre todo en Francia; por lo cual sería de desear que, ya que las familias españolas tienen cierta afición á enviar á sus hijos al colegio, eligiesen cuando menos un establecimiento nacional.

Da horror leer lo que de sus *pensionnats* escriben los franceses, como que aun me tiemblan las carnes al recordar ciertas páginas de M. Paul Bourget sobre dicho asunto.

En suma, dos escollos: ó sobrada inexperiencia ó temprano viciamiento. Vale más, por lo tanto, que los niños se estén en casa cuando pueda ser.

Pero volviendo á la comedia del Sr. Sánchez Pérez, préstase no sólo á sacar de ella una lección moral, sino que aparte de esto, que por otra parte no constituye el verdadero fin del arte, deleita y encanta por su amenidad, su cultura y su dición tersa y castiza, como del autor.

Con obras de esa índole no se pierde nunca de vista la realidad ni se le encasquetan al espectador las altisonantes cuanto falsas declamaciones que es uso corriente en nuestro maltrecho teatro contemporáneo. *El primer choque* es la verdadera comedia de costumbres, la de que se ha dicho que *castigat ridendo mores*, la comedia tal como la escribirían hoy Moratín, Gorostiza, Bretón de los Herreros ó Narciso Serra, sin sentimentalismos, sin lirismos, sin pasiones volcánicas ni desenlaces *sísmicos*, ni espantables episodios; y con todo eso, que no es poco, encuéntrase uno con gente conocida, española, exenta de todo olor á francés. Tales méritos han hecho que el público de Barcelona, bastante severo, y la crítica periodística, á veces casi dura, dispensaran á la comedia de Sánchez Pérez la más halagüeña acogida, lo cual ha constituido poco menos que un fenómeno, pues de hace mucho tiempo no había sucedido caso igual.

No hay que decir cuánto me alegro yo de que haya pasado así, pues el autor de *El primer choque*, prototipo de la bondad, la modestia y la rectitud, se merece todo lo que se ha dicho en su favor, y aun más.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



Madre é hijos esquimales



FLAMMARION

SEGÚN refiere una importante revista norteamericana, al igual que el Giotto, que en sus primeros años trazaba sus primeros dibujos en los ladrillos y las paredes de su casa, Flammarión, como los grandes genios, reveló desde su infancia excepcionales condiciones para el estudio de la difícil ciencia que más adelante debía cultivar.

«Cinco años contaba,—dice el sabio astrónomo,—cuando los habitantes del departamento del Alto Marne, donde había nacido y residía con mi familia, presenciaban un eclipse anular de Sol.

«Otro eclipse, visible en toda la Alemania, lo fué asimismo en nuestra provincia cinco años después.

«Del primero de estos eclipses conservo sólo un vago recuerdo. No he olvidado, sin embargo, que tuvo efecto una mañana de diciembre, que el cielo cobró por unos instantes la oscura lóbreguez de la más sombría noche, y que luego apareció de nuevo el Sol. En cambio el segundo eclipse lo recuerdo como un acontecimiento reciente, como si lo hubiese contemplado ayer.

«Era una tarde de un espléndido día de verano. El cielo parecía una enorme mancha de color de turquesa, el Sol brillaba con toda la fuerza de su potencia, cuando mi madre nos invitó á mi hermanito, á una hermanita y á mí á bajar á la calle y quedarnos junto á la puerta de nuestra casa, donde encima de una silla había colocado un lebrillo lleno de agua.

«En este espejo movable contemplábamos con atención la imagen del Sol. Poco á poco observamos que el astro rey iba disminuyendo y borrándose á medida que, avanzando como invisible disco negro, la Luna envolvía por completo aquella gigantesca y purpúrea faz.

«Instantáneamente la luna ocultó la mitad del Sol, cayendo como enorme velo, sobre la naturaleza, oscuras y siniestras sombras, que cambiaron de repente su aspecto de grandiosidad, borrando su marco de esplendor.

«Yo recordaré siempre el terror que se apoderó de los niños en aquel instante, y la inquietud manifestada por las pobres viejas, que creían llegado el fin del mundo.

«Este fenómeno celeste me impresionó profundamente, no sólo por el imponente espectáculo que me fué dable contemplar, sino por la exacta y fidelísima precisión con que fué anunciado por los sabios astrólogos de París, que no equivocaron ni un minuto al anunciar la hora y el día que debía tener efecto el fenómeno sideral. Y de tal suerte me impresionó este suceso, que desde aquel día sentí revelarse en mí la decidida vocación de dedicarme al estudio de tan interesante ciencia. A nueve años y medio, el espíritu y el carácter de la criatura tan estrechamente se hermanan, que ejerciendo como ejercen poderoso influjo sobre sus inclinaciones, deciden por completo de su suerte y de su porvenir.»

Las familias, sin embargo, se engañan con frecuencia respecto á la vocación de los niños, y, rindiendo culto á tan generalizada preocupación, la del gran astrónomo decidió dedicarlo á la carrera eclesiástica. Encargóse el cura de su pueblo de suministrarle las primeras nociones de griego y latín, ingresando á poco en el seminario de Langres; pero su afición á la astronomía iba acentuándose más que su vocación á la teología, no perdonando medio para estudiar los fenómenos y secretos de su ciencia favorita.

«Tenía en el seminario un camarada,—dice Flammarión,—que poseía la mitad de unos gemelos de teatro, esto es, una sola lente con sus respectivos cristales. A la primera ocasión que se me ofreció (recuerdo que era un miércoles al regresar de nuestro paseo á una montaña vecina) contemplé la Luna á través de este instrumento rudimentario, observando desde luego las depresiones formadas por las cavidades circulares, las cuales aparecían con sus bordes franjeados en relieve por la luz solar extendiéndose sobre el disco de la Luna. ¡Qué emoción me conmovió ante aquel primer descubrimiento! No me quedaba duda alguna: en aquellas regiones, explorables sólo con el auxilio de una lente prodigiosa, había mares y montañas, continentes y ríos, y quién sabe si habitantes y pobladores.

»Consulté mi opinión con uno de los profesores más jóvenes del seminario, muy dado á los estudios astronómicos, el cual asintió á todas mis observaciones, menos á la última, que rechazó sin rebatirla ni impugnarla.»

A los quince años, el ex seminarista que había renunciado por completo á la teología para consagrar por entero sus vastos conocimientos al culto de las estrellas, escribió un interesante tratado sobre sus primeras impresiones científicas, el cual le valió ser admitido como alumno auxiliar del Observatorio de París, que hoy rige. Sin embargo tan felices comienzos, las decepciones no tardaron en dejarse sentir, pues las desilusiones y los desencantos tan adheridos van á la vida, que es imposible sustraerse á su influencia, aun ejerciendo con éxito brillantísimo la más difícil y envidiable carrera.

A. OZORES





EL TRABAJO HACE AL HOMBRE

(Á MI QUERIDO HERMANO GUSTAVO)

EMILIO era el prototipo de la belleza infantil. Con sus ojos saltones y azu-
lados, su rubia cabellera, que, cayendo sobre sus bien formadas espaldas,
semejaba una catarata de oro, su carita inteligente y su apuesta figura;
era el encanto de todas las mamás, que, al verlo en los paseos entregado á
esos mil inocentes juegos infantiles, decían á coro:—¡Qué niño más hermoso!
¡Me lo comería á besos!

Emilio era hijo de un alto empleado de la judicatura. Su papá era magis-
trado, y cifraba su único anhelo en satisfacer los menores caprichos de su
hijo, de modo que éste creció rodeado de todas las comodidades apetecibles.

Pero ¡ay, queridos camaradas, que en el mundo nada hay eterno, y héte
aquí que un día viene la muerte y con su terrible guadaña *siega* la existencia
del buen papá de Emilio!

Con la muerte del jefe todo varió en la familia del héroe de mi historia, y
éste no tuvo más remedio que entrar de aprendiz en un comercio y conver-
tirse en lo que vosotros, queridos lectores, llamáis despreciativamente *un*
hortera, sin ver que á muchos de esos *horteras* ¡quién sabe si en el porvenir les
espera mejor posición que á vosotros que estudiáis tantas ciencias para venir
á saber al final de la jornada *que no sabemos nada!*

Pero dejémonos de digresiones y volvamos á nuestro relato.

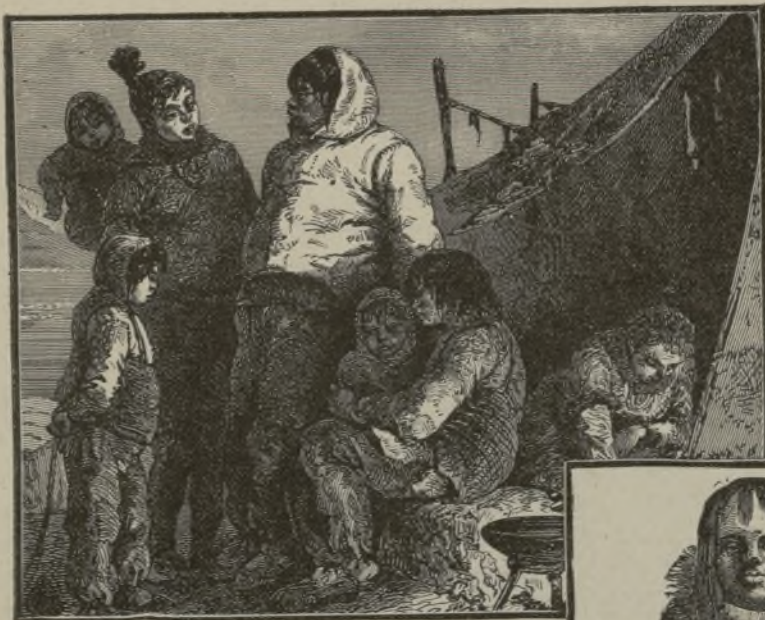
Bien pronto se hizo querer Emilio, por su puntualidad, inteligencia y la-
boriosidad, de sus principales, y poco á poco fué ascendiendo, ascendiendo,
hasta que llegó á ser el primer dependiente del comercio en que servía.

Para abreviar, su principal llegó á asociarlo, dándole participación de las
ganancias del establecimiento. Pronto se conoció la gestión de Emilio, pues
por sus acertadas operaciones, sus inteligentes jugadas de bolsa, se dió á co-
nocer en la plaza como uno de los comerciantes más diestros y afortunados.

En una palabra, Emilio llegó á pedir la mano de la hija de uno de los
banqueros más ricos de la capital, quien, conociendo las brillantes dotes que
á Emilio adornaban, no tuvo inconveniente en concedérsela, y con ella una
fortuna cuantiosa ganada á fuerza de trabajos.

Esta fortuna, en manos de Emilio, en vez de disminuir, fué aumentando,
aumentando, de tal modo que hoy es el comerciante más rico de Z...

Si alguna vez pasáis por la calle de A... veréis un gran comercio con un rótulo en la fachada que dice:



Campamento esquimal en verano

con su inteligencia y constancia en el trabajo ha sabido convertirse en el gran comerciante de *hoy*, ha sabido conquistar la mano de un ángel (porque tal es la compañera de su vida), con la que comparte todas sus alegrías (que son las más) y todas sus tristezas (que son las menos).

Trabajad, queridos camaradas, trabajad como Emilio, porque la fortuna es una diosa asaz mudable, que tan pronto nos sonríe como se declara contra nosotros; y además porque nada hay eterno en este mundo, y se ha visto que muchos de los que *ayer* habitaban lujosísimos palacios, han tenido *hoy* que refugiarse en las lóbregas boardillas do se alberga el pauperismo.

GRANDES

BAZARES

«Emilio C...»

Pues bien, ese Emilio es el héroe de mi historia. El hortera de *ayer*, que



Un niño esquimal

ARTURO CLAVERÍA LLOBET

•• NUESTROS GRABADOS ••

NIÑOS DE ALGUNOS PAISES POCO CONOCIDOS

(Conclusión)

El niño indio de las Amazonas no tiene mucha mejor suerte que aquel de que acabamos de hablar. Apenas viene al mundo se le pone en la cuna, y su madre le cuida muy poco. En Europa es objeto de la mayor solicitud, aunque pertenezca á la clase pobre; pero en el Amazonas se observa todo lo contrario.

Cuando ha crecido lo bastante se le deja correr por donde quiere, y aliméntase de pescado y una especie de harina. Es un niño tímido, y hace todo cuanto se le manda, caracterizándose por su indiferencia á todo cuanto le rodea.

Cuando crece no puede disfrutar de muchas diversiones, como no sea de la danza, é inútil parece decir que no conoce los juguetes. A veces obtiene un arco y una flecha, ó algún otro instrumento, y esto le sirve para entretenerse; pero, en cuanto á las niñas, no hacen absolutamente nada. Sin embargo, cuando llegan á cierta edad suelen cardar lana, ú ocúpanse en preparar varias especies de raíces para el alimento. Los indios de las Amazonas son maestros en el ramo de alfarería. Tal vez la niña de las Amazonas vaya á la escuela y se ocupe después en algún servicio; pero si se queda en su pueblo no hace más que trabajar y cuidarse de sus padres, á quienes obedece y procura tener contentos. En cierto modo no hace más que vegetar y morir como las plantas.

¡Qué abundante cabello tiene la niña brasileña, siendo uno de los encantos que más estima! Pero seguramente ninguna europea se lo envidiaría. Los niños del Brasil tienen la piel de color amarillo claro; son delgados y de mediana estatura. Viven de la caza y de la pesca; y, en cuanto al traje, como van casi desnudos, poco tenemos que decir.

Los niños de ambos sexos de las tribus del Towcan en la América Central, quedan ya desposados apenas vienen al mundo, y á los que más tarde deben ser marido y mujer se les pone un pedazo de paño del mismo color en el brazo. Cada año se pone en su ropilla una concha; y cuando pueden contar quince ó veinte, se les declara en estado para casarse.

Los naturales de la Guyana, región poco explorada aún, van mejor vestidos, y parecen más civilizados que las tribus de que hemos hecho mención. Son de complexión muy oscura, pero constituyen una buena raza. Su traje es curioso, por más que, en honor á la verdad, debamos decir que en aquel país se viste bastante á la ligera.

El niño de Hawai (véase el grabado) se representa aquí tomando su alimento favorito, el *poi*. Es probable que este niño haya nacido en una choza formada con cañas y yerbas. En Hawai, que es una de las islas Sandwich, donde el capitán Cook perdió la vida, no hay muchos niños. Casi todos éstos mueren por descuido de sus padres, porque no se les cuida ni se les atiende en lo que más necesitan. Hombres y mujeres no hacen más que correr y divertirse, y así es que á veces dan su hijo á otra mujer que no tenga ninguno, que en ciertos casos hace á su vez lo propio; de manera que el pobre niño olvida al fin quiénes fueron sus padres.

Sin embargo, el que sobrevive, sea hembra ó varón, se acostumbra muy



El campamento de esquimales

pronto al agua y á correr un caballo. Los pequeños indígenas van algunas veces á la escuela nadando con una sola mano por llevar la otra ocupada con la ropa. Son tan diestros en la natación, que hasta los peces podrían envidiarles.

Si van á la escuela se les hace estudiar bastante. Hay una ley según la cual todos los niños han de asistir á ella por lo menos cuarenta semanas al año, después de haber cumplido seis años de edad. A todos esos indígenas les agradan mucho las flores, y las usan siempre. Casi todos los muchachos tienen una jaquita ó caballo, y llegan á ser consumados jinetes. De modo que rara vez recorren á pie grandes distancias: aunque se trate de franquear solamente un corto trayecto, quieren ir montados.

Algunos niños indígenas son educados en escuelas especiales, y no pocos aprenden el inglés. Acostumbran á bañarse mucho, y entretiénense con varios juegos; pero la equitación es su recreo favorito.

Cuando comen el *poi*, los niños introducen los dedos en la olla en vez de servirse de tenedor ó cuchara como en Europa. El *poi* es una raíz que crece en el agua y se cultiva muy cuidadosamente, debiendo considerarse como un comestible nacional. Esta raíz se cuece al horno y después se machaca. Dícese que este alimento no es fácil de preparar, porque cuando forma una masa muy pegajosa y cuando se halla en estado de pulpa se debe dejar para que fermente.

No es necesario extendernos más sobre los naturales de la isla de Haway. Baste decir que se distinguen por su carácter indiferente á todo, y que sólo piensan en divertirse, aunque no son salvajes, puesto que asisten á la iglesia. Su aspecto es bastante agradable, y se realza por la ropa que usan, siempre de vivos colores. Cualquiera podría pensar que la isla de Hawai es un paraíso para los niños; pero debe advertirse que éstos escasean mucho, y que los naturales se extinguen poco á poco.

Los habitantes de Nueva Guinea acostumbran pasar muchas horas del día sentados junto á la puerta de su cabaña de bambú. Las casas de este país se construyen á veces cerca del agua, y elévanse sobre estacas ó cañas de las más fuertes. El suelo se compone de tablas, y el tejado se cubre de yerbas. En rigor parecen palomares, y se sube á ellos por medio de una tosca escalera. En casi todos los puntos de Nueva Guinea suelen estar elevadas á unos nueve pies sobre el suelo. Algunas casas se construyen con troncos de árboles, pero esto es raro.

En vez de colocar á los niños en cunas, introdúcenlos en un saco que la madre lleva sujeto con una correa que cruza sobre la frente. Apenas puede andar el niño, obligasele á llevar ligeros pesos al campo ó traerlos desde allí. En algunas partes de Nueva Guinea se trabaja mucho, y en otros la caza es la principal ocupación. Los niños corren de un lado á otro casi desnudos hasta que llegan á la edad de uno ó dos años. Los más de ellos se pintan y se adornan con plumas. Más tarde se les abandona para que hagan lo que se les antoje.

Varios misioneros enseñan ahora á los niños de Nueva Guinea; pero tienen muy poca religión, ó acaso ninguna, y van creciendo en el estado salvaje. Caracterízanse por sus grandes cabezas, que parecen serlo más por la abundancia del pelo. Las familias suelen vivir generalmente en paz entre sí; y muchas de ellas, aunque no puedan considerarse como civilizadas, no son salvajes en la verdadera acepción de la palabra. A los niños se les enseña pronto á cazar y pescar, porque los hombres deben buscar siempre el alimento para la familia. Ningún joven se puede casar hasta que tenga casa y sea capaz de proporcionar lo necesario á su mujer.

Los habitantes de Malaca se llaman malayos, y sus niños son bastante agraciados. Profesan la religión mahometana, y se les enseña á escribir los caracteres árabes. Son muy aficionados á tener animales, y particularmente avecillas, las cuales cogen los niños y domestican muy bien. Los animales se

familiarizan muy pronto porque se les trata con bondad y no se les atormenta de continuo, como lo hacen los niños civilizados.

Los malayos jóvenes suelen tener algún mono, y cuando necesitan cocos obligan al animal á subir para que los arroje desde el árbol.

Los niños pasan la vida muy tranquilamente, instruyéndose cuanto es practicable, como lo hacen todos los pueblos musulmanes. Aprenden el Corán de memoria, y cuando estudian alguna cosa se les enseña en una lengua casi desconocida.

Cuando los niños crecen, comienzan á mascar muy pronto la hoja del betel, que destruye ó deteriora su magnífica dentadura; de modo que cuando el hombre ó la mujer llegan á los treinta años, su aspecto es muy desagradable. Trabajan muy poco; y aunque los niños se distraen con algunos juegos, pronto los dejan para entregarse á ocupaciones más serias. Se distinguen por su carácter irritable, y por la menor cosa se darían de puñaladas.

Sin embargo, por lo regular son inofensivos, y aprenden á respetar á sus mayores y á practicar la religión según sus luces; de modo que algo se podría imitar de ellos por más que tengan fama de crueles y de ser casi salvajes.

Los niños del Asia Central tienen muy poco tiempo para sus juegos, y se distinguen por su precocidad. Baste decir que una niña de diez y ocho años es casi una vieja, y que la ley del país permite el matrimonio á los nueve años, por lo cual se verá que no le queda mucho tiempo para sus juegos.

Esos indígenas son musulmanes, y no es necesario aquí describir sus ritos sagrados. Cuando nace un niño, el padre sepulta en tierra un hueso de carnero; y si es una niña, entiérrase una muñeca de trapo frente á la puerta de la habitación en que la criatura nació. Esta última ha de permanecer cuatro días sin camisa; y cuando pasan nueve, la abuela, si la hay, ó en su defecto la madre, llevan una camita para el niño. Los padres reciben las felicitaciones de todos, y los conocidos ó parientes presentan varios regalos. Entonces se retira la luz que ha estado encendida cerca del niño para alejar los espíritus maléficos, y déjase á la criatura en la cuna mientras que se celebra la fiesta de costumbre. Si ha nacido un varón, organizan dos.

Se somete al niño á ciertos ritos comunes en el Oriente, y cuando se le corta por primera vez el cabello, éste se pone en una balanza, con oro y



Niños Indios
de Norte América

plata. Una vez obtenido el peso señalado, entrégase el dinero á los pobres como acto de caridad. Á los cuarenta días, el niño del Turquestán puede salir á la calle, pero no antes.

Se cuida bastante á la criatura hasta que cumple los siete años, y entonces considérasele ya como un verdadero musulmán; pero antes de esto ha de ir á la escuela. Á los seis años se le envía á los centros de instrucción elemental, donde se le obliga á leer en alta voz cuando ha aprendido el alfabeto y el *Corán*; lo cual verifican todos los niños á un mismo tiempo, sentados alrededor del maestro, que tiene una varilla en la mano á fin de mantener el orden.

Esta especie de enseñanza no sirve de mucho, como ya se comprenderá, porque todo se reduce á mera rutina. En realidad no se aprende nada, y sólo se consigue tener á los niños sujetos todo el día; y decimos todo el día porque van al salir el sol y no salen hasta la tarde, pero se les deja el tiempo necesario para comer, y tal vez para descansar un poco. Allí no tienen días de fiesta, ó por lo menos son muy contados.

Los niños que van al colegio pueden aspirar á la carrera sacerdotal, pero han de estudiar quince años.

Á la edad de diez y seis años los muchachos pueden pensar ya en casarse, y en su consecuencia el padre busca la novia, y el asunto se arregla entre los amigos. El joven envía algún regalo de dinero al padre de su futura, pero no se le permite ver á ésta sin que tenga el velo puesto hasta que el matrimonio está ya convenido.

También las niñas van á la escuela, y adquieren las primeras nociones, enseñándoseles después labores de aguja hasta la edad en que pueden casarse. Se distinguen por su precocidad, pues mucho antes de llegar á los treinta años son realmente viejas.

Respecto á varios países musulmanes, como Turquía, de cuyos niños hemos hablado ya, no es fácil obtener muchos informes. Marruecos, por ejemplo, ha sido, comparativamente, hasta los últimos años, un país peligroso para los europeos que viajan; y Persia no es tampoco bien conocida. En todos los pueblos mahometanos los niños se crían poco más ó menos de igual manera. El profesor morisco y su discípulo se sientan sobre la misma esterilla, al estilo de los escolares del Turquestán, de los cuales hemos hablado ya también.

En Marruecos hallaríamos á la vez árabes y moros. Estos últimos, como ya sabemos, invadieron España en cierta época, dejando allí muchas reliquias de su magnífica arquitectura, que aun hoy día tienen mucha importancia en la Península y son dignas de verse. Los moros son guerreros, y, á pesar de ello, perezosos, si hemos de juzgar por algunos de sus proverbios, que dicen:

«Nunca estés de pie cuando puedas sentarte.»

«No andes nunca cuando puedas estar quieto.»

«No corras cuando te baste andar.»

Los muchachos de Marruecos van á la escuela muy pronto para aprender algo del *Corán*, y disfrutan de mucha libertad; pero también se les castiga con frecuencia, pues el maestro les da más palos que lecciones. Á las niñas no se les enseña nada, porque no se considera necesario que las mujeres se



Á camita

pongan al nivel de los hombres en punto á instrucción. Se les considera como seres inferiores, y por lo mismo son muy ignorantes, contándose muy pocas que sepan leer. Cuando un muchacho sabe algo del *Corán*, se le pasea por la ciudad á caballo, y después puede ir al colegio si desea continuar sus estudios. Allí puede aprender matemáticas é historia, y cuando está algo versado pasa por *hombre de letras*, pudiendo llegar á ser cadí ó juez, ó desempeñar otro cualquier cargo. Fuera de los que ocupan algún destino oficial, todos se consideran iguales en Marruecos.

Bien conocido es un cuero ó piel de este país, que se toma de la cabra, y en el que las niñas hacen preciosos bordados.

Cuando las mujeres salen á la calle, siempre van veladas, como las damas turcas. Los hijos de los moros no se sientan á la mesa como en nuestros países, sino en el suelo, con las piernas cruzadas, pues allí no se usan las sillas. Todos comen de un mismo plato con los dedos de la mano derecha, tirándose el alimento á la boca como si jugaran á la pelota.

El niño africano, así como otros salvajes, está muy descuidado hasta que puede hacer algo de por sí. Las niñas no merecen aprecio alguno, como sucede generalmente en todos los países no civilizados, y han de limitarse á trabajar mientras que los hombres van á la caza ó á la pesca. Á los muchachos se les permite revolcarse en tierra, y solamente permanecen junto á sus madres hasta los diez años. En algunos puntos de África se les envía á los campos para espantar á los pájaros á fin de que no se coman los cereales; y esto no es tan agradable como pudiera creerse, atendida la intensidad del calor. Lo primero que el padre enseña á su hijo es á manejar el arco y la flecha y lanzar la azagaya. No nos extenderemos en más detalles sobre los niños de este país porque no ofrecen particular interés.

Á CAMITA

Bastante hemos jugado,
ya es hora de dormir:
á la camita niño,
á descansar allí.

UN JINETE

Las monturas borricales
son las mejores monturas:
van despacio, pero en cambio
no se está en peligro nunca.





JUANITO Y RAFAELA

(Continuación)

Por respeto á la memoria de su esposo, á quien había querido mucho, D.^a Emilia no sacó á Juanito del colegio en que apenas acababa de ponerle; pero no por eso sintió la menor necesidad de tener á Rafaelita consigo, siendo tanta su indiferencia hacia ella, que, habiendo dejado D.^a Encarnación de ir más á Madrid desde la muerte de D. Cipriano, contentábase con escribir de vez en cuando á su tía política, sin ocurrírsele nunca la idea de llegarse hasta Aragón.

Así estaban las cosas cuando una noche recibió D.^a Emilia carta de Zaragoza, en la cual se le participaba el fallecimiento de D.^a Encarnación Martínez, arrebatada repentinamente á la vida por una enfermedad de corazón, y la llegada de Rafaelita, encomendada á una persona de confianza que la conduciría al hogar materno.

La carta distó mucho de causar á D.^a Emilia la alegría que experimenta una madre á quien devuelven un hijo. Todo el interés que se tomaba por Rafaelita se reducía á regocijarse de que la chiquilla debiese ser muy rica cuando se casase, mientras lo cual la encontraba fea. Sin embargo, no por eso dejó de llamar á Rosario, la camarera, ordenándola que pusiese otra cama en el primer piso, donde dicha joven debía dormir cerca de Rafaela.

Muy contrariada quedó Rosario al verse trasformada de golpe y porrazo en niñera, por manera que era muy probable que la pobre chiquilla no encontraría en ella, ni mucho menos, una amiga; pero como se abstuvo de revelar su mal humor á la señora, que no parecía hallarse de mejor talante, D.^a Emilia no prestó grande atención á aquel particular.

Tres días después llegó Rafaelita, conducida por una vieja criada solterona que desde hacía treinta años estaba al servicio de D.^a Encarnación. Ambas iban

de riguroso luto y ambas lloraban, sobre todo Rafaelita, que cuando le dijo que la siguiese al cuarto de la señora, se agarró al brazo de la vieja, gritando:

—No me dejarás, Tula: ¿verdad? ¡No me dejes, Tula!

Y repitiendo estas palabras veinte veces, con gran acompañamiento de sollozos, penetró la niña en el gabinete.

D.^a Emilia, enternecida por aquella desesperación, levantóse y quizás iba á besarla, cuando, más asustada que nunca Rafaelita al ver una cara desconocida, arrojóse en brazos de Gertrudis y dijo con una especie de espanto:

—¡No quiero quedarme aquí!

¡Quiero volverme á casa de mamá!

—¡Cómo!—exclamó Rosario, á quien incomodaba mucho aquella barahunda.—Pues ¿no está V. acaso en casa de su mamá?

—¡No, no estoy!—gritó Rafaelita pateando.—¡Estoy en Madrid! ¡Ya sé yo muy bien que estoy en Madrid!

Aquel alejamiento que atestiguaba la pobre chiquilla respecto á su verdadera madre, no debía contribuir mucho, como ya se comprenderá, á abrirle el corazón que le había estado cerrado siempre; y la indiferencia que doña Emilia experimentaba por ella hasta entonces, tornóse casi en aversión cuando,

después de haber procurado en vano calmarla, reconoció la inutilidad de sus esfuerzos, á los cuales añadió Tula sus amonestaciones y sus caricias.

En fin, después de haber gritado y llorado durante más de una hora, durmióse Rafaelita, derrengada, en el regazo de la vieja, que, aprovechándose de su sueño para evitarle el dolor de los adioses, la colocó con el mayor cuidado sobre un sofá y se despidió de D.^a Emilia.

Esta, obedeciendo á una idea que acababa de ocurrírsele de pronto, siguió tan aprisa á Tula, que la detuvo en el salón así que abría la puerta para salir.



Un jinete

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA